

DIPLOMÁTICOS ESCRITORES EN CHINA EN EL ÚLTIMO TERCIO DEL SIGLO XIX

María Fernanda García de los Arcos

[*Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa*]

A pesar de que la larga relación de España con los distintos gobiernos que se sucedieron en territorio chino se puede remontar al periodo que arrancó, desde 1565, con la conquista e instalación del poder español en Filipinas,¹ no son abundantes los relatos de viajeros de esta nacionalidad en la segunda mitad del siglo XIX. En esta colaboración se va a proceder a comparar dos textos que recogen las impresiones sobre China expresadas por dos personajes que, si bien escribieron en épocas diferentes, compartieron varias características: ambos eran diplomáticos, escritores, españoles y fueron nombrados para ocupar un puesto en la Legación española de Pekín. Uno de ellos, el más joven, me interesa especialmente y en él voy a centrar mi estudio por el hecho de que su estancia en China se produjo en el año de 1900, cuando ocurrió en aquel país la rebelión armada de grupos descontentos con la presencia extranjera, europea principalmente, los cuales asediaron las legaciones diplomáticas establecidas en la capital del imperio, asesinaron al diplomático alemán Klemens Von Ketteler y produjeron grandes destrozos tanto en Pekín como en otros lugares del noreste de China.

Esos graves sucesos tuvieron una ingente repercusión en la prensa europea y estadounidense,² la cual se hizo eco de la violenta respuesta de las fuertes potencias del momento. Gran Bretaña, Francia, Alemania, Rusia, Italia, Japón y los Estados Unidos fueron los principales organizadores de la gran expedición internacional que, una vez llegada al país, se comportaría con el

1 Entre otras obras se puede consultar: Marta Ma. Manchado López, "La construcción europea de la imagen de China", pp. 569-597; Antonio García-Abásolo, "Filipinas una frontera más allá de la frontera", pp. 71-88; Juan Gil, "La idea de China. De los seres al Catay", pp. 19-32; David Martínez Robles, "Las fuentes españolas sobre China en los siglos XVIII y XIX", pp. 383-392.

2 María Fernanda García de los Arcos, "La gran prensa francesa ante el expansionismo europeo de finales del siglo XIX", pp. 4-18.

máximo rigor para derrotar a los boxers y reinstaurar con garantías la presencia y la prepotencia extranjera en aquella importante región.

La inferioridad militar del Celeste Imperio frente a las naciones más fuertes de Europa se había hecho ya patente desde la primera de las llamadas Guerras del Opio que terminó con el Tratado de Nankín (1842), un “acuerdo” considerado desigual, ya que Gran Bretaña pudo imponer sus condiciones y obtener, además de una indemnización, la cesión de Hong Kong, la apertura de un cierto número de puertos, así como importantes ventajas comerciales que más tarde se ampliarían progresivamente y en las cuales entrarían otras naciones.

El prestigio de la dinastía gobernante quedó seriamente afectado y la presión extranjera no hizo más que aumentar. De la vieja factoría portuguesa de Macao, otorgada a mediados del siglo XVI, y de la actividad mercantil en Cantón, se pasó a una presencia más extendida, vigorosa e influyente, no sólo en Hong Kong sino también en Shanghai, Tientsin, Pekín y otros centros. El descontento motivó la revuelta de los taiping que, con diferentes intensidades, se prolongó de 1850 a 1864, la cual fue aprovechada por los extranjeros para arrancar al gobierno chino más ventajas. Una nueva ofensiva militar fue protagonizada por Francia y Gran Bretaña, que desembarcaron sus tropas en el importante puerto de Tientsin, el más cercano a la capital, desde donde la amenazaron. Se produjo entonces el saqueo y destrucción del Palacio de Verano de la familia reinante.³

Rusia obtuvo concesiones territoriales, mientras que las sublevaciones internas y las rivalidades de los grupos de poder acrecentaban la debilidad del Estado chino, cuya clase política pasaba, de facto, a ser sometida a un control cada vez mayor por parte de los representantes de las grandes potencias. Sin que fuera declarado de manera oficial un protectorado, en la realidad se ejerció lo que Wesseling llama un “imperialismo oficioso”.⁴ La dependencia tecnológica y el ejemplo de los decisivos cambios que se producían en Japón provocaron que ciertos grupos de la sociedad china aceptaran la influencia occidental, al menos en lo referente a algunos sectores de la actividad militar, diplomática, ferroviaria, mercantil, financiera, industrial, naval y otras.

³ Raymond Bourgerie / Pierre Lesouef, Palikao (1860). *Le sac du Palais d'Été et la prise de Pékin*, pp. 80-143.

⁴ Henri Wesseling, *Les empires coloniaux européens*, p. 225.

Hubo centros, como Shanghai, que experimentaron un gran incremento, signo elocuente de cambios profundos que se producían en medio de una frustración y un odio creciente. La construcción de ferrocarriles afectó la economía de grupos populares y en general no fue bien recibida por la población, como señalan algunos viajeros, entre ellos Luis Valera, autor que aquí se va a reseñar. El enfrentamiento entre China y Japón, en los años 1894-1895, motivó que aún se hiciera más acuciante la necesidad de la ayuda exterior, lo cual favoreció el avance de Rusia, Alemania, Gran Bretaña, Japón y los Estados Unidos. En 1900 la exasperación se trasladó a una lucha popular contra los extranjeros representada por los boxers, que incendiaron propiedades, destruyeron líneas y estaciones de ferrocarril y amenazaron la vida y bienes no sólo de los europeos y americanos sino también de los nativos que profesaban religiones cristianas. En Pekín, el área donde se situaban las legaciones diplomáticas sufrió un duro asedio. La expedición internacional que como respuesta se envió fue numerosa y desproporcionada en su capacidad militar, aunque inferior en el número de combatientes. Restauró el poder de los extranjeros, provocó muertes, destrozos, humillación y favoreció un desvergonzado saqueo.

Fue el momento en que llegó a China Luis Valera, que dejaría una importante colección de noticias e impresiones de todo cuanto vivió y pudo conocer en su corta pero intensa estancia en el país. La comparación con el texto de Mentaberry es interesante, ya que éste se desempeñó en su cargo igualmente por un corto periodo en 1869, por lo que encontró una China en gran parte diferente a la tan herida y maltrecha de 1900.

El texto de Adolfo de Mentaberry (1840-1887) fue publicado por primera vez en 1876. La edición reciente, preparada por Pablo Martín Asuero, parte de un ejemplar que éste encontró en la Biblioteca Municipal de San Sebastián.⁵ Este diplomático ya había ocupado puestos en Damasco y Estambul, cuando en 1869 fue nombrado primer secretario de la Legación española en Pekín, ciudad a la llegó el 3 de noviembre de ese año, para pasar en ella una temporada inesperadamente corta, pues fue cesado el 31 de diciembre siguiente.⁶

⁵ Adolfo de Mentaberry, *Impresiones de un viaje a la China*. Martín Asuero, editor de la obra, hace la presentación del libro, donde ofrece una reseña histórica de la situación en China, sus contactos con los europeos, las relaciones con los españoles instalados en Filipinas, así como una semblanza de Mentaberry y una cronología. Incluye la bibliografía citada por el autor del libro y una bibliografía general. Es también autor de las notas críticas que acompañan al texto.

⁶ Pablo Martín Asuero, *Presentación a la obra de Mentaberry*, pp.21-30.

El autor en que me voy a centrar fue Luis Valera y Delavat (1870-1926), hijo de Juan Valera y Alcalá Galiano (1824-1905), conocido escritor de obras como *Pepita Jiménez* (1874). Al igual que su padre, Luis Valera combinó la labor literaria, que le hizo producir cuentos, novelas y colaboraciones en publicaciones periódicas, con la carrera diplomática. Antes de ser destinado a China, ocupó puestos en Bruselas y Viena. Su nombramiento como secretario de la Legación española en Pekín tuvo lugar justamente en ese delicado momento de 1900, cuando estallaron los conflictos que alteraron la vida de una buena parte del inmenso territorio del Celeste Imperio. De su estancia en él procede su libro *Sombras chinescas* que ha tenido una edición en años recientes.⁷

Su relato comienza en agosto de 1900. Es de destacar el tono ligero, fluido, desenfadado y la buena dosis de casticismos con los que adorna su prosa. El comienzo desde el primer párrafo es peculiar, pues establece un distanciamiento irónico con lo que solía ser la secuencia de los escritos de los viajeros europeos que iban al Asia oriental, en una época en que ya se había producido una buena cantidad de obras de literatura de viajes. Casi todos repetían las características del puerto de salida, por lo cual señala con gracejo que aunque debería atenerse al protocolo de describir Marsella, de donde zarpó, así como a sus compañeros de viaje, la vida a bordo del buque y las diferentes costas y puertos de la travesía, prefería centrar su exposición en China. Pero no dejaba de marcar las etapas de la navegación: Marsella, Córcega, Cerdeña, Port Said, canal de Suez, Mar Rojo, Bombay, Colombo, Singapur, Hong Kong, Shanghai. Es posible que nos perdamos jugosas reflexiones o detalles insospechados, pero también es cierto que se agradece que no nos vuelva a dar las impresiones del viaje a través de un itinerario que otros han dejado descrito.⁸

A bordo del “Yarra” Llegó a la desembocadura del Yang Tse Kiang o río Azul, en donde pudo divisar las obras de fortificación, la presencia de buques de guerra japoneses y de diversas naciones de Europa, signo primero y elocuente del estado de zozobra que se vivía en el país a raíz de la

⁷ Esta edición cuenta con pequeñas notas en solapa y contraportada, pero carece de presentación y notas críticas. Incluye fotografías, un mapa y planos de la ciudad de Pekín.

⁸ Por el contrario Mentaberry hace prolijas descripciones de las etapas de su viaje, durante las cuales tuvo que transbordar varias veces. Nos ofrece una visión muy interesante de esos primeros momentos del recién construido canal de Suez, describe el Mar Rojo, el enclave británico de Aden, así como Ceilán, Singapur, Saigón, la vida a bordo de las diferentes naves, sus compañeros de viaje..., pp. 43-144. Otros ejemplos son: A. de Gériolles. *Un Parisien aux Philippines*, pp. 11-113; Emile D'Audriffet, *Paris Tokyo Paris. Le tour du monde d'un aristocrate français* en 1868, pp. 5-40.

gran sublevación de los boxers y el consecuente enfrentamiento con las tropas aliadas. De allí, en una embarcación de inferior calado, se dirigió a Shanghai navegando por el Whampoo, río menor pero capaz de ser surcado por naves de “regular” calado.⁹ En ese importante puerto y centro urbano permaneció solamente siete días, pero hace una despaciosa exposición de lo que pudo conocer, incluida la que llama ciudad propiamente china. Destaca la presencia europea en el llamado Bund, sede de las entidades mercantiles y financieras, de los muelles de las compañías navieras, los consulados y los establecimientos comerciales. Igualmente resalta la presencia de europeos mezclados con asiáticos, cuyos particulares atuendos describe: chinos, parsis, japoneses, tagalos, indios, siameses y “qué sé yo cuantas gentes más oriundas de lejanas tierras.”¹⁰ Son interesantes sus observaciones sobre algo tan revelador como la vigilancia y actividad de control que ejercían “polizontes” llegados de la India británica, y agentes procedentes de la Indochina francesa.¹¹

No es de extrañar, dada su carrera diplomática y la especial situación que le tocó vivir en China, que se interesara por asuntos políticos y por las peculiares relaciones que los europeos mantenían con las autoridades del país. Ofrece así explicaciones sobre las características del Foreign Settlement y de lo que traduce al español como Concesión Francesa. Afirma que fue la fuerza militar la forma usual que tuvieron las potencias europeas de hacer que se aceptara por el gobierno chino su presencia activa, la apertura de puertos y la concesión de espacios donde ejercer negocios e implantar sus residencias, los cuales gozaban de una real autonomía, si bien bajo la apariencia del sometimiento a una jurisdicción oficial china.¹²

En Shanghai la desproporción existente entre el número de residentes occidentales que cifra en unos ocho mil como máximo y los chinos que se acercarían al medio millón de personas era evidente en ambas concesiones. Valera consideraba que el gobierno de tipo occidental convenía más a los chinos que vivían en esos espacios, pues bajo la administración de los mandarines sufrían una mayor represión. Entre los extranjeros instalados en la ciudad los más

9 Luis Valera, *Sombras chinas*, *op.cit.*, pp. 9-11.

10 *Ibidem*, p. 17.

11 *Ibidem*, pp. 15-18. Señala que intentaban poner orden “los graves polizontes indios, con bastón de mando y multicolor turbante, que mantiene el Foreign Settlement y los agentes anamitas [sic], vestidos de azul y encarnado de la Concesión Francesa”. *Ibidem*, p. 18

12 *Ibidem*, pp. 18-19.

numerosos eran los británicos, seguidos de los alemanes, franceses, estadounidenses, japoneses, belgas, italianos, rusos, austriacos, suecos y neerlandeses. La colonia española la componían, según señala, algunos frailes agustinos, unos trescientos “filipinos” y un escaso número de jóvenes mujeres, de las que deja entrever que se dedicaban a la prostitución de lujo.¹³

Es lógico que lamente la ausencia de negociantes españoles que comerciaron con productos de ese origen, tal como hacían emprendedores de otras nacionalidades, en un puerto de importancia excepcional, como ya era en aquel entonces, y en un país cuyo potencial era obvio por las dimensiones territoriales y de población. La precaria presencia española se destaca al señalar la edición de periódicos diarios en inglés y francés, de un semanario en alemán, la existencia de librerías surtidas de obras escritas en los principales idiomas europeos, pero no en español. Aunque en la banda musical del Foreign Settlement había habido un director español, tal vez porque estaba formada casi en exclusiva por tagalos.¹⁴ En este momento la colonia española de Filipinas había dejado de existir, a consecuencia de la Guerra Hispano-Americana de 1898 y hasta cierto punto podría ser explicable, entre otras causas y motivos la debilidad de la presencia española en China, pero treinta y un años antes Mentaberry criticaba la misma cuestión, la misma desidia de los gobiernos de España y lo hacía en tono severo y asombrado:

España no tiene [en Pekín] ni una choza, y su legación se hospeda en Fa-Kwo-Fu, Palacio de Francia, viviendo de prestado en una país donde debía ocupar el rango consiguiente a la importancia de sus relaciones políticas y comerciales establecidas por la proximidad de las islas Filipinas. Abandono que no se comprende y suscita la sospecha de que nuestros gobernantes han perdido hace mucho tiempo la noción de nuestra política exterior, haciendo mal entendidas economías en el servicio diplomático sin tener en cuenta que cuando una nación es menos poderosa e influyente, más debe esmerarse en la elección de sus agentes y en dotarlos de suficientes medios para que no hagan el ridículo papel entre sus colegas ni, sobre todo, ante el gobierno cerca del cual están acreditados.¹⁵

¹³ *Ibidem*, pp. 19-20.

¹⁴ *Ibidem*, pp. 21-23.

¹⁵ Adolfo de Mentaberry, *Impresiones de un viaje a China*, op. cit., pp. 192-193.

Mentaberry, al igual que Valera, destacaba el importante influjo occidental que observaba en Shanghai, a la que consideraba la ciudad más europea de China.¹⁶

Valera comenta muy divertido la vida protocolaria y las presunciones de jerarquía social entre la comunidad extranjera y retrata al Shanghai Club como un mentidero donde se recibían las noticias terribles de los supuestos sucesos acaecidos en Pekín en aquel verano violento de 1900. A una ciudad atemorizada por los rumores de una posible sublevación de la población china contra los extranjeros llegarían tropas de refuerzo, procedentes de la India británica y de las posesiones francesas.¹⁷

Una diferencia entre ambos textos es que siendo el destino de sus autores Pekín y allí debían encaminarse, Mentaberry conoció las incomodidades propias de aquellos traslados,¹⁸ pero Valera se enfrentó a un dificultoso viaje que comenzaba por los inconvenientes representados por el clima de miedo que se respiraba, pues los chinos de las zonas sur y centro del imperio no se aventuraban a trasladarse a la región conflictiva del norte por mucha urgencia o necesidad que tuvieran, aunque ya para entonces las tropas aliadas habían entrado en Pekín. Eso hizo que le fuera imposible, pese a una buena oferta económica, encontrar a un boy o criado, por lo cual sin ninguna compañía de este tipo se dirigió a Chifú donde llegó el 24 de agosto e inmediatamente se embarcó en el “Calabria”, un buque italiano que salía para Taku.¹⁹ Antes de llegar avistaron la numerosa escuadra de barcos de guerra aliados fondeados a una distancia de catorce millas de la costa, porque su gran calado les impedía acercarse más a tierra. En una cañonera francesa llegaron a Taku, remontaron el Peihó y llegaron a Tongku, donde pretendía tomar el tren para Pekín. Pudo ver el contingente de seis mil hombres de las tropas de siete naciones que habían desembarcado y se disponían a ser trasladadas hacia Tientsin y otros lugares.²⁰

Había previsto viajar en tren de Taku a Pekín pero la estación ferroviaria de Tongku estaba medio destruida, lo mismo que encontró cuando llegaron a Tientsin, donde la estación también había sido atacada por los boxers, al igual que la concesión francesa, que estaba “desierta, arruinada e incendiada”, así como otros muchos edificios.²¹ Escribe Valera “terrible fue sin

16 *Ibidem*, pp. 157-158, 199.

17 Valera, *Sombras chinescas*, *op. cit.*, pp. 23-28

18 Adolfo de Mentaberry, *Impresiones de un viaje a China*, *op. cit.*, pp. 181-182

19 *Ibidem*, pp. 56-61.

20 *Ibidem*, pp. 65-69

21 *Ibidem*, pp. 77-78

duda, el sitio del Tientsín extranjero por los bóxers”, pero aunque él no fue testigo, no deja de recordar la dureza de las represalias que se ejercieron contra la ciudad indígena de Tientsin, en una acción de venganza cruel que dejó destruida la zona china, de la que no quedaron más que los muros de los fuertes y los de la catedral, la cual había sido “incendiada ya en 1870 en el curso de otra sublevación anti-europea y anti-cristiana” [sic]. Cuando llegaron las fuerzas aliadas, que él llama “libertadoras”, huyeron en masa los chinos de Tientsin, un millón dice, llevando con ellos todo cuanto podían. Sin embargo lo que quedó en la plaza resultó un jugoso botín para las fuerzas extranjeras. El Settlement británico ofrecía un aspecto de “desmesurado cuartel internacional”, ya que los edificios habían sido tomados por las fuerzas de ocupación.²²

Valera describe las actividades económicas y el clima de la región de Tientsin, en el tiempo que permaneció allí, antes de que reemprender el viaje. Esta vez lo hizo a bordo de un junco proporcionado por el cónsul de Francia. Navegó por el río Peihó en dirección a su destino.²³ Lo acompañaban, entre otras personas, dos periodistas franceses que ya conocía pues habían compartido una travesía en el “Yarra”: Donet de *Le Temps* y Leroy, al que presenta como corresponsal artístico y fotográfico de varias revistas ilustradas de París. Hasta Tungchao pasaron seis días entre campos desolados, abandonados, en ruinas, con el terrible espectáculo de cadáveres humanos. En algunos lugares había destacamentos de tropas extranjeras que tenían como finalidad brindar protección a los juncos que transcurrían por el río, pues estaba latente el peligro de nuevos ataques de los boxers. Valera ofrece una prolija y lenta descripción de la vida a bordo de una embarcación precaria, sin comodidades y con grandes dificultades de navegación. Su opinión de la tripulación china que llevaban no es demasiado halagüeña, si bien no deja de admirarse de la frugalidad y el esforzado trabajo de aquellos hombres de extrema pobreza.²⁴

Llegados a Tungchao comenzaba otra etapa de su recorrido, al dirigirse por tierra a Pekín, lo que le permitió pasar por un lugar histórico que menciona de este modo: “Cerca de Tungchao, camino de Pekín, sobre el canalillo que va del Peihó a la capital, se hallan el pueblo y el puente de Palikao...” donde las tropas francesas derrotaron a las chinas en 1860 (21 de septiembre) dejando

²² *Ibidem*, pp. 78-82.

²³ *Ibidem*, pp. 82-85.

²⁴ *Ibidem*, pp. 100-101.

expedito el camino hacia el Palacio Imperial de Verano.²⁵ Curioso de todo, habla de la agricultura, de las técnicas de abono de los campos así como de otros aspectos de la cultura local, como del fengchui y las que llama otras supersticiones. El septiembre entraba finalmente en la capital imperial.

De Pekín ambos diplomáticos describen la ciudad china y la ciudad tártara, si bien, en el caso de Valera como un encuentro con la desolación, sin ahorrar críticas a los abusos de los extranjeros.

Para concluir quisiera indicar que una característica del texto de Mentaberry es el espacio que destina a comentar la situación de las mujeres en China, la cual pinta en los tonos más sombríos y a la que se refiere no solamente en el apartado específico que le consagra sino también con frecuencia a lo largo del texto cuando aborda temas diversos relacionados con costumbres o protocolos. No cabe duda de que manifiesta una buena dosis de prejuicios, pero su preocupación por este sector social sería merecedora de un estudio específico y por lo tanto más prolijo que lo que permite el reducido número de páginas de mi colaboración en este libro. Esa escasa capacidad de cambio que Mentaberry, al igual que otros autores, atribuye a la sociedad china, es considerada como causa principal de la inferioridad a la se sometía a la “mujer” que, según afirma, no había cambiado en milenios, aunque hace una reseña de textos históricos que utiliza como comprobación de la existencia de algunas mujeres destacadas. En efecto, no siempre generaliza y distingue entre la clausura de esposas y concubinas en las mansiones de alto poder económico y la menos encerrada de la mujer de clase trabajadora; la esposa sometida, pero gozadora de veneración en su calidad de madre; las viudas que adquirirían más libertad y autonomía, así como las jóvenes que en Shanghai comenzaban su carrera como empleadas domésticas para pasar a ejercer algo parecido a una profesión dentro de la vida galante. La desigualdad de derechos consagrada en el cuerpo de leyes vigentes en el país se combinaba con los inconvenientes que en la vida cotidiana suponía la poligamia y el escaso acceso a la educación oficial, la forma de arreglarse las bodas, las ceremonias simbólicas de la sumisión de la desposada ante su marido, la existencia de concubinas y otras tantas dificultades que enturbiaban a su juicio la existencia de las mujeres. Como tantos otros comenta escandalizado el hecho de que la mayoría de los menores que

²⁵ *Ibidem*, pp. 139.

sufrían abandono eran niñas, al igual que las víctimas de infanticidio, consecuencia de la preferencia por los hijos varones, lo cual llevaba también a la venta de niñas por parte de sus padres.²⁶

En general, ambos autores, si bien deslumbrados por las obras de arte y la magnificencia de la cultura ancestral del país, reflejan opiniones en absoluto halagüeñas sobre la sociedad que contactaron: los gobiernos chinos habían sido y eran negligentes, malos administradores, con una nefasta tendencia al aislamiento y resistencia a las innovaciones. Como muchos otros occidentales consideraban que China era un imperio decadente. La acción de los poderosos mandarines era corrupta, abusiva y represiva. Una vez más, estos viajeros hablan como otros de la suciedad de las ciudades y caminos del país, mientras que el grueso de su población es tildada de cobarde, oportunista, supersticiosa, antieuropea y, deja deducir Valera, colaboradora o simpatizante de los “bárbaros” boxers.

26 Adolfo de Mentaberry, *Impresiones de un viaje a China*, *op. cit.*, pp. 155-157, 173-175, 215-226, 229-241.

27 Luis Valera, *Sombras chinescas*, *op. cit.*, pp. 83, 92-97, 141, 153-154; Adolfo de Mentaberry, *Impresiones de un viaje a China*, *op. cit.*, pp. 149, 231.

Bibliografía

- d'Audriffet, Émile.** *Paris Tokyo Paris. Le tour du monde d'un aristocrate français en 1868.* Impreso en Francia, Jean-Claude Gawsenitch éditeur, 2004. 192p.
- Bourgerie, Raymond y Lesouef, Pierre.** *Palikao (1860). Le sac du Palais d'Été et la prise de Pékin.* Paris, Ed. Economica, 1995. 200 p.
- Esherick, Joseph W.** *The Origins of the Boxer Uprising.* Berkeley / Los Angeles / London, The University of California Press, 1987. 451p.
- Ferro, Marc.** *Histoire des colonisations. Des conquêtes aux indépendances. XIIIe-XXe siècle.* Paris, Seuil, 1994. 600p.
- Fieldhouse, David K.** *Economía e imperio. La expansión de Europa (1830-1914).* México, Siglo XXI, 1978. 565p.
- Franke, Herbert; Trauzettel, Rolf.** *El imperio chino.* México, Siglo XXI, 1973. 383p.
- García-Abásolo, Antonio.** "Filipinas una frontera más allá de la frontera". Marta Ma. Manchado López y Miguel Luque Talaván (coordinadores). *Fronteras del mundo hispánico: Filipinas en el contexto de las regiones liminares.* Córdoba (España), Universidad de Córdoba, 2011. pp. 71-88.
- Gériolles, A de.** *Un Parisien aux Philippines.* Paris: Armand Colin, 1902, 284p.
- Gil, Juan.** "La idea de China. De los seres al Catay". Carlos Martínez Shaw y Marina Alfonso Mola (eds.). *La ruta española a China.* Madrid, Ediciones El Viso, 2007. pp. 19-32.
- Hedrick, Daniel R.** *Los instrumentos del imperio. Tecnología e imperialismo europeo en el siglo XIX.* Barcelona, Altaya, 1998, 187p.
- Klein, Jean-Francois, Singaravélou, Pierre, Sureiman, Marie-Albane de.** *Atlas des empires coloniaux.* Paris, Autrement, 2012. 96p.
- Manchado López, Marta Ma.** "La construcción europea de la imagen de China". Leoncio Cabrero (ed.). *España y el Pacífico. Legazpi.* Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2004, vol. I. pp. 569-597.
- Martínez Robles, David.** "Las fuentes españolas sobre China en los siglos XVIII y XIX". F.J. Antón Burgos y L.O. Ramos Alonso (eds.). *Traspasando fronteras: el reto de Asia y el Pacífico.* Madrid, Asociación Española de Estudios del Pacífico / Universidad de Valladolid, 2002, vol. I. pp. 383-392.
- Mas, Sinibaldo de.** *Un ambassadeur à Macao. Guerres de l'Opium entre la Chine et l'Occident (1839-1858).* Paris, L'Esprit Frappeur et Périscope, 1999. 61p.

_____. *La Chine et les puissances chrétiennes*. Paris, Librairie Hachette, 1861, 2 vols.

Mentaberry, Adolfo de. *Impresiones de un viaje a China*. Edición de Pablo Martín Asuero. Madrid: Miraguano Ediciones, 2008. 269p.

Reynoso, Francisco de. *En la corte del Mikado. Bocetos japoneses*. Barcelona, Nausícaä. 439p.

Valera, Luis. *Sombras chinescas. Recuerdos de un viaje al Celeste Imperio*. Murcia, Nausícaä, 2004. 394p.

Hemerografía

García de los Arcos, María Fernanda. “La gran prensa francesa ante el expansionismo europeo de finales del siglo XIX”. *Escenarios XXI*. Enero-febrero de 2012. pp. 4-18. Disponible desde Internet: <http://www.escenarios21.com/2012/0093.html>

L'Illustration. 3 de marzo, 9 de junio, 28 de julio, 18 de agosto de 1900.